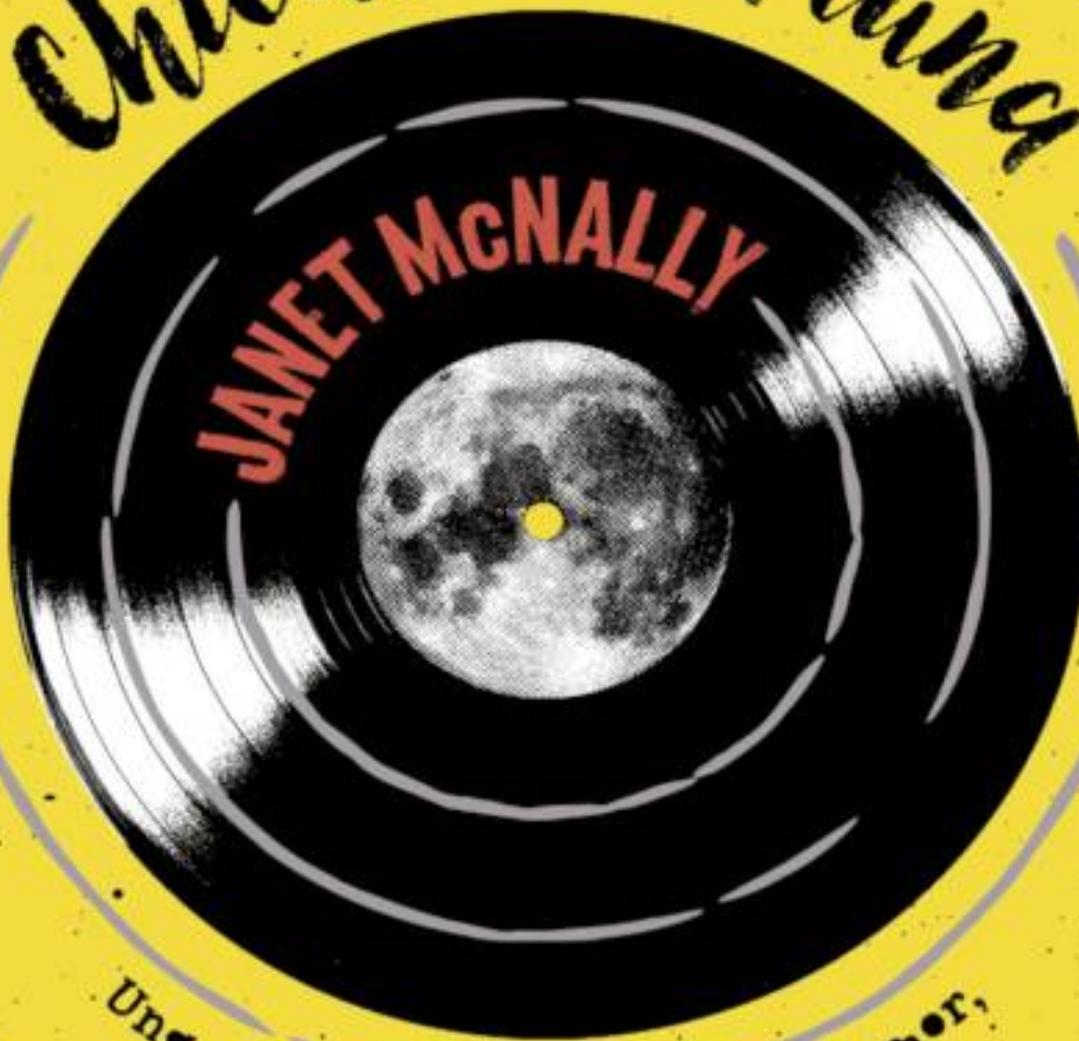


Chicas en la luna

JANET McNALLY

A large, stylized vinyl record is the central focus of the cover. The record is black with white concentric lines. In the center of the record is a detailed, grayscale image of the moon, showing its craters and surface texture. A small, bright yellow dot is positioned at the very center of the moon, representing the record's center hole. The entire record is set against a bright yellow background with faint, concentric white lines that echo the record's grooves.

Una conmovedora historia de amor,
música y búsqueda de identidad.

GRANTRAVESÍA

JANET McNALLY

Chicas en la luna

Traducción de
Karina Simpson

GRANTRAVESÍA

*Para mis chicas en la luna,
y para Jesse, quien ha grabado
tantas cintas de música para mí.*

*Sing me a lullaby. Sing me the alphabet.
Sing me a story I haven't heard yet.
"My Favorite Chords",
The Weakerthans*

uno

Los secretos, mamá me dijo una vez, son sólo historias volteadas hacia dentro.

Estábamos sentadas en el jardín una noche despejada y oscura y, como podía ver el apacible zigzag de Casiopea en el cielo sobre mí, imaginé una estrella envolviéndose en sí misma hasta colapsar. Sabía que dejaría un espacio negro y parpadeante sobre la atmósfera, abierto y hambriento y lleno de palabras. Sería insaciable.

Pero no le dije eso a mamá. En cambio, le dije que sonaba sospechosamente como la letra de una de las canciones de papá. Yo sabía que ella sabría cuál: *Dentro de este secreto están todas las historias que solías contar, hace años y meses y días, cuando yo te conocía tan bien.*

Mamá sonrió y se encogió de hombros.

—Sí, porque yo escribí ese verso —levantó la vista hacia el cielo negro azabache salpicado de estrellas y, como siempre, no dijo nada más. Esta historia permaneció al revés y escondida, siempre.

Así que esa noche decidí buscar una prueba por mi cuenta, como lo había hecho tantas veces antes. Bajé las escaleras a escondidas después de que mamá se fue a la

cama. Fui hasta su gabinete de discos compactos y me paré en el círculo de luz ámbar proveniente de la calle que brillaba a través de la ventana. Pasé mi dedo sobre el plástico duro de los lomos de los discos hasta que vi su nombre, Kieran Ferris, y el título de su primera grabación como solista, *Haven*, que se publicó cuando yo tenía tres años. Deslicé el cuadernillo de notas en papel brillante fuera de la caja y encontré el espacio de la canción titulada "Secret Story". Sus nombres —K. Ferris, M. Ferris— encerrados entre paréntesis después del título, un año después de que terminaron. En una docena de canciones, en pequeños lugares esparcidos como éste, ellos estarían juntos por siempre.

En tres horas estaré en un avión hacia Nueva York para ver a mi hermana, Luna, pero justo ahora estoy en la cocina intentando cerrar mi maleta. Es agosto y la habitación se siente como una fiebre. Me recuesto sobre la maleta y jalo el cierre lo más fuerte que puedo, pero los bordes no se tocan. Descanso mi mejilla sobre el nailon y respiro profundo. Hace tanto calor que casi creo que toda el agua de mi cuerpo se evapora lentamente. Mi cabello se desliza empapado a través de mi frente y cae sobre el piso de duela.

Recostada ahí, saco mi teléfono y envío un mensaje de texto, la letra de una canción que flotó dentro de mi cabeza. *Rayo de sol en la dirección incorrecta, resplandor entreverado en el cielo*. Observo las palabras en la pantalla por un segundo, y luego presiono enviar.

Justo en ese momento, el rostro de mamá aparece en la ventana más cercana a mí y me sobresalto.

—¿Ya casi estás lista? —pregunta. A través del mosquitero su rostro luce borroso, un óvalo pálido con una masa de cabello oscuro sobre él. Ha estado un poco nerviosa desde que compré mi boleto de avión, aunque sé que no lo admitirá. En cambio, ha limpiado cada centímetro de la

casa y esta mañana le declaró la guerra al césped. Ha estado en el jardín durante horas, arrancando la hierba salvaje y decapitando dientes de león. Detrás de ella puedo ver a los combatientes del enemigo marchitándose en un triste montón junto a la entrada de los coches. Claro que, para mamá, no es suficiente sólo *hacerlo*. También tiene que narrarlo a través de la ventana mientras desayuno. El discurso esencial es *Yo soy mujer, escúchame hierba, etcétera, etcétera*, a través de todo mi tazón de avena.

—Mmm, sí, ya casi —me siento y me balanceo suavemente sobre la maleta, y al fin logro cerrar el cierre. Es una maleta vieja de Luna: pequeña, verde oscuro, un poco sucia en las esquinas. Está llena a reventar. Me fue difícil decidir qué llevar porque no puedo estar segura de cuál Luna encontraré cuando llegue. ¿Será Luna Dulce y Adorable, exhalando amor y gentileza en cada respiración? ¿O será Luna el Volcán Durmiente, con toda la energía y los restos de enojo canalizados en alguna parte debajo de la superficie? Ella siempre está cambiando, moviéndose, y quiero estar preparada.

La última vez que vino fue en abril para sus vacaciones de primavera, y fue entonces que le dijo a mamá que no volvería a Columbia para estudiar el segundo año de la universidad. Ahora no, dijo, pero eventualmente volvería. Este invierno viajaría por la Costa Oeste con su banda a partir de septiembre.

—Me dieron autorización para faltar —dijo—. Fui con la secretaria de admisiones y todo eso —miraba por la ventana en vez de mirar a mamá. El árbol de magnolia florecía furiosamente al otro lado de la ventana, presionando sus largos y cremosos pétalos contra el vidrio—. Voy a conservar la beca —dijo Luna.

Mamá guardó silencio. Tenía la frente arrugada y los labios apretados.

Luna respiró profundo.

—Pensé que tú me comprenderías —le dijo a nuestra mamá—. Tú también dejaste la escuela antes de terminar. Y volviste. Eventualmente.

Desde mi lugar en el sofá, frente a ella, no veía cómo Luna podía esperar que la comprendiera. Nuestra mamá ni siquiera hablaba acerca del tiempo que formó parte de Shelter. ¿Cómo alguien podría pensar que ella estaría bien si Luna dejaba la escuela para seguir más o menos el mismo camino?

—Tengo que hacer esto ahora —dijo mi hermana—. No voy a tener otra oportunidad.

Esperé a que mamá le dijera que no, pero ella se limitó a respirar profundo, y luego exhaló.

—De acuerdo —dijo. Después salió a la cochera y comenzó a trabajar en una escultura puntiaguda de tres metros de alto que vendió un mes después a uno de los jugadores de los Sables de Búfalo. Él la instaló frente a su enorme mansión en las afueras de Spaulding Lake, donde brillaba peligrosamente en toda esa luz del sol de vecindario de ricos. Más tarde bromeé con Ben acerca de que la escultura básicamente había sido forjada por la ira. Él asintió.

—Los jugadores de hockey necesitan esa energía —dijo él—. Siempre están golpeando cabezas.

—Entonces lo que me estás diciendo —le dije— es que debería estar contenta porque mamá hace arte con su furia, en vez de otra cosa, cualquiera que sea.

Él asintió.

—Sólo quería confirmarlo —dije.

Mamá todavía está en la ventana, mirándome. Sus antebrazos descansan en el alféizar y puedo ver que exhibe su gesto de *mamá preocupada*.

—No hay nada que ver aquí —digo—. Sólo tuve algunas dificultades técnicas. Está bajo control.

Entonces se vuelve a agachar, sin duda buscando a esa canalla hierba de ambrosía debajo de las hortensias. Podría seguir haciéndolo todo el día. Lo que es seguro es que esa

mujer no siente calor. Es una artista que esculpe con metal, y es la más feliz con un soplete en la mano, con su arco de flama azul tan concentrada como si le fuera a disparar a una estrella. Su amigo Jake del departamento de arte la llama Diosa de la Fundición, y en gran medida es por su mal genio —como el de Luna, un incendio lento que deriva en una erupción en alguna parte más allá del límite—, así como la escultura de metal. Ella trabaja en un taller que construyó en nuestra cochera, y yo trato de mantenerme fuera de todo eso por temor a ser golpeada (¿aniquilada?) por ella.

Mi perra, Dusty, (springfield, obviamente) bebe agua de su plato cromado y camino hacia allá para rellenarlo. Cuando vuelvo a poner el plato en el piso miro por la ventana, que está abierta poco más de la mitad por la humedad. Los ejes internos están cubiertos con cien años de pintura y la ventana nunca se abre más en el verano, lo cual es uno de los muchos encantos de una casa victoriana. Luna y yo nacimos en Nueva York, donde vivían mis padres en un departamento de West Village, repleto de discos y amplificadores y guitarras. Yo tenía casi dos años cuando rompieron, y mamá nos trajo de vuelta a Búfalo, donde vivían mis abuelos y donde ella misma había crecido. Compró nuestra casa en ruinas. La arregló. Mis abuelos ayudaron tanto como ella se los permitió, pero prácticamente hizo todo el trabajo sola. Eso explica esta ventana.

Al verla ahora en el jardín —arrancando la hierba con un ligero vestido morado, y el cabello envuelto en un moño enmarañado, con los pies descalzos y un poco sucios— uno nunca sabría su secreto, la persona que solía ser. Uno nunca sabría que hace veinte años mamá fue la primera chica en la luna.

Ya sé que suena como una locura. Pero no es lo que creen. No había un traje espacial blanco e inflado, no había un cielo lleno de estrellas hasta que pareciera una geoda abierta en la oscuridad. No se paró a la orilla de un mar lu-

nar vacío, con los tobillos hundidos en el polvo, ni miró la joya de nuestro planeta dando vueltas. Era algo más simple que eso, más terrenal y simbólico. En todo caso, como ya lo dije antes, ella no hablará al respecto: la luna, la música y todas las demás cosas que sucedieron antes de que naciera mi hermana.

Ahora arrastro mi maleta por el umbral, y al mismo tiempo intento mantener la puerta abierta con el pie. Dusty también se apresura a salir, y sufrimos un pequeño embotellamiento hasta que brinca sobre mi espinilla y se libera. Afuera, considero la posibilidad de arrojar mi maleta por el borde del cobertizo para no tener que bajarla por las escaleras, pero lo pienso dos veces. Mamá me observa.

—Se ve muy pesada —dice. Está recargada en el coche, y sus guantes de jardinería color rosa oscuro están sobre la hierba.

—Mmm, no tanto —continuó jalando, y trato de no quejarme en voz alta. Mantengo la mirada sobre la suya conforme doy tumbos con la maleta al bajar cada escalón, con una pequeña (y falsa) sonrisa congelada en mi rostro. Al llegar abajo inhalo profundo y saco la manija para usar las ruedas.

—El lado positivo —digo al levantar la maleta para meterla en la cajuela abierta— es que estoy trabajando mucho los músculos —flexiono un bíceps como demostración.

—Me doy muy buena cuenta —dice secamente. Dusty baila alrededor de sus pies haciendo leves sonidos mientras la olfatea, e intentando convencerla de que la lleve a alguna parte en coche.

—Pronto, Dusty —dice, y al escucharla Dusty se recuesta sobre la hierba, con la barbilla sobre sus patas.

Puedo oler las magníficas rosas, dulces e intensas como un perfume antiguo, liberando su aroma bajo la ventana como si fueran animales asustados por el violento ataque de mamá. Me inclino hacia ellas.

—No se preocupen —digo en un murmullo teatral—, no les hará daño a *ustedes*.

Mamá sonrío.

—Hey —dice—, soy muy eficiente para quitar la hierba. Se ve muy bien aquí afuera.

—La Reina del Jardín —digo. Ella asiente.

—Bueno, hay otra cosa que debes guardar en tu maleta —dice y levanta su dedo índice—. Está en el estudio. ¿Por qué no llevas a Dusty afuera?, yo estaré lista cuando vuelvan.

Ésta es una estrategia que mamá ha usado desde que yo era una niña pequeña: distraer y ocupar. Abro la boca, lista para protestar, pero ya desapareció en el interior de la cochera. Así que sigo a Dusty hacia la calle y tataréo una canción que intenté olvidar hace mucho tiempo.

El sol es un aro blanco brillante en el cielo y la acera está caliente bajo mis pies descalzos. Calle abajo, una podadora zumba como abeja somnolienta. En unos minutos habré partido, y en unas horas estaré lejos de la ciudad. Mi verano termina en una semana. Así que éste es el momento —cuando estoy a punto de partir, de irme finalmente— en que Tessa al fin aparece.

dos

Mi mejor amiga surge de la nada, navegando frente a su casa sobre su vieja bicicleta azul. Su cabello brilla dorado bajo el sol. Dusty voltea y mira hacia el otro lado de la calle, sus suaves orejas giran como antenas parabólicas. Alarga la nariz y olfatea el aire, buscando el olor de Tessa en el viento. Mueve la cola.

—Traidora —murmuro, y Dusty voltea a verme, todavía moviendo la cola. Me pregunto por qué no escuché la chirriante llanta trasera de la bicicleta de Tessa, *scriiii, scriiii*, como advertencia, pero la brisa alborota las hojas de los árboles. Estuve aquí afuera todos los días de este verano, y ella no apareció ni una sola vez.

Pero veo la ventana de su habitación desde la mía, justo arriba de la enredadera de madreSelva que usábamos para escaparnos de su habitación en la noche. Han pasado meses, pero estoy segura de que podría hacerlo con los ojos vendados y descalza si fuera necesario, y sabría dónde tirar mis zapatos para que no acabaran en medio de los arbustos de rosas. Cuando teníamos doce nos escapábamos para platicar y mecernos en los columpios que estaban en nuestra calle, felices sólo con nuestras sombras a la luz de

los faroles. Después comenzamos a ir a fiestas, y una vez fuimos a un bar sombrío en la calle Allen donde no nos pidieron identificación. En las raras noches en que ella se escapaba sola, Tessa me enviaba un mensaje de texto en cuanto llegaba a casa y luego hacía la señal de OK en código Morse con su linterna: tres destellos largos, luego uno largo, uno corto y uno largo. Todavía tengo el hábito de mirar su ventana todas las noches, pero nunca la veo mirando la mía.

Incluso ahora, lanza su cabello de mechadas teñidas como un poni, pero no voltea a verme. La puerta de la cochera ya está abierta, un catálogo de objetos de los veranos del pasado y el presente de la familia Whiting: alperquitas de plástico decolorado apiladas como conchas marinas sobre un arenero en forma de tortuga, una bolsa de malla de balones de fútbol bajo tres redes de tenis fijadas a la pared. Junto a la puerta hay un cochecito Radio Flyer destartado que usábamos para pasear a nuestras muñecas por la calle.

Hace dos meses, o durante años antes de eso, yo ya estaría del otro lado de la calle para cuando Tessa llegara a la cochera. Podría incluso haber sabido que vendría antes de que llegara, pero ahora las cosas son diferentes. Así que no sé si correr hacia mi jardín o si darme la vuelta despacio, rodear el árbol hasta estar frente a mi casa y fingir que no la he visto.

Algo me hace quedarme.

Tessa salta de su bicicleta y la detiene justo dentro de la cochera. Yo espero que use la puerta secreta hacia el jardín y desaparezca de nuevo por unos cuantos meses más, por un año, para siempre. Pero entonces se da la vuelta y me mira.

Se me corta el aliento cuando intento respirar, y siento mi corazón revoloteando detrás de mis costillas. Tessa camina en mi dirección. Se ve delgada, sonrojada, y su cabello vuela alrededor de su cabeza como listones al viento.

Da un golpe suave a una caléndula con su sandalia. Espera. Dusty jala la correa y luego voltea a verme.

Antes de que pueda detenerme, comienzo a caminar hacia el lado de Ashland donde está Tessa, y siento el calor del asfalto bajo mis pies. Al borde de la acera me detengo y la miro, en pie a medio camino entre la cochera y yo.

—Hey —digo. Suelto la correa y Dusty va hacia ella. Olfatea sus rodillas.

Tessa trae puestos unos lentes de sol, así que no puedo ver sus ojos. Pero no importa, porque se agacha en ese momento. Pone las manos en la cabeza de Dusty.

—Hey —dice, pero no es claro si me habla a mí o a la perra.

Conocí a Tessa en el verano en que yo tenía cinco años. Luna tenía siete, y estaba molesta porque la niña que se había mudado a la casa de enfrente tenía mi edad, y no la suya. Aun así, las tres jugamos todo el verano en nuestros jardines, y cuando Luna entró a segundo grado y encontró a su propia mejor amiga, Pilar, nuestro grupo se volvió de cuatro.

Tessa me agradó de inmediato porque era divertida y valiente, incluso cuando la valentía no significaba otra cosa que quedarse quieta mientras una abeja zumbaba alrededor de su cabeza, o brincar entre dos bancas del parque que estaban casi demasiado separadas para lograrlo. Sus papás discutían mucho, y a veces, sentadas y recargadas contra la pared de la casa de Tessa y escuchando sus murmullos furiosos, yo agradecía que mis padres se hubieran divorciado desde que tenía memoria.

Doy unos cuantos pasos hacia la entrada de los coches en dirección a Tessa, mi primera incursión en la propiedad de los Whiting en todo el verano. Luego abro la boca. Estoy tan acostumbraba a contarle lo que me pasa que no puedo evitarlo, incluso después de dos meses de total silencio.

—Hoy me voy a Nueva York —digo—. Luna y mamá apenas se hablan. Creo que me envían como emisario de la paz o algo así —dibujé un arco en la acera con la punta de mi pie—. Como embajadora —de pronto aparece un mar de sinónimos en mi cabeza: *diplomática, enviada, mensajera*. Mi cerebro se ha convertido en un programa enloquecido de vocabulario.

Tessa guarda silencio, todavía agachada en el pavimento, y me quedo ahí parada, esperando que hable. Finalmente, lo hace.

—Luna estaba en Pitchfork —dice, todavía hablándole a Dusty o quizás a la calle detrás de ella—. En julio.

—Lo sé —digo. Hace como un mes el sitio de música publicó una fotografía en su página principal, junto con una pequeña historia acerca de la gira de invierno de los Moons. “Luna y los Moons ascienden en Estados Unidos”, decía el pie de foto, y debajo un subtítulo: “La hija de Meg Ferris sigue la órbita de su madre”. En la foto Luna está sentada en una banca con los chicos en pie detrás. Ella se está riendo, con las manos posadas sobre la madera rojiza a cada lado. Un perfecto rayo de luz del sol atraviesa la ventana y cae sobre su regazo. Han pasado cuatro meses desde la última vez que vi a mi hermana, y a veces se me dificulta creer que ella es real. Las fotos como ésta, donde aparece luminosa y mirando más allá de la cámara, no ayudan.

Tessa se pone en pie, y de pronto temo que se irá antes de que pueda decirle algo importante.

—Voy a ver a papá —digo—. Lo he decidido. Aunque Luna no quiera.

—Buena suerte —dice Tessa, su voz en neutral. No me pregunta cuál es mi plan, ni por qué finalmente decidí hacerlo después de pensarlo por tanto tiempo. Luego sacude la cabeza—. Ayer, mientras estaba en el trabajo, programaron “Summerlong” al menos tres veces.